EL PADRE FITA

DISCURSO NECROLÓGICO
PRONUNCIADO EN LA REAL
ACADEMIA DE LA HISTORIA

POR EL

MARQUÉS DE LAURENCÍN



MADRID: MCMXVIII

EL PADRE FITA

DISCURSO NECROLÓGICO
PRONUNCIADO EN LA REAL
ACADEMIA DE LA HISTORIA

POR EL

MARQUÉS DE LAURENCÍN



MADRID: MCMXVIII



Por el estado de mi ánimo me doy exacta cuenta, señores Académicos, de cuál sea la situación de vuestro espíritu: más que de pena y de dolor, de natural abatimiento y de legítima consternación ante la magnitud de la desgracia que á todos nos agobia y anonada.

Cuando hace pocos días abríamos el pecho á la esperanza de que el vigor físico, la fibra y las energías de nuestro buen P. Fita se sobrepondrían, venciendo la aguda y grave dolencia que le aquejara, hoy la triste y desconsoladora realidad nos sume en honda tribulación.

No repuestos todavía de la pesadumbre y amargura que hubimos de experimentar por la ausencia eterna de tantos ilustres compañeros como han dejado de existir en brevísimo espacio de tiempo, viene de nuevo la muerte insaciable y cruel á herirnos en el mismo

corazón de la Academia, arrebatándonos despiadadamente al que era gala y ornato, honra y prez, orgullo legítimo de esta Corporación, á nuestro insigne, sabio, venerable y muy querido Director, al piadoso y virtuosísimo P. Fita.

Gala y ornato he dicho de esta Corporación, y he dicho mal, porque era el P. Fita mucho más que esto: era orgullo legítimo de la Patria entera, de la nación española, á la que tanto honraba y enaltecía con los altos prestigios de su sabiduría y de su ciencia, con su cultura y erudición pasmosas, con su talento excepcional, con su privilegiada inteligencia, con la ejemplaridad de sus virtudes cristianas y con aquella suma de sobresalientes cualidades y de grandes merecimientos que en su persona concurrían en tal grado, que, trasponiendo los límites y fronteras de su Patria, era su nombre glorioso tenido y reputado por los doctos del viejo y nuevo Continente como uno de los más célebres y famosos que ha producido la España intelectual, gozando de una autoridad indiscutible en muchos ramos y en variadas disciplinas del humano saber.

Porque todo lo reunía el P. Fita: el dominio de las lenguas muertas, el conocimiento acabado en las lenguas orientales, siendo á un tiempo mismo arqueólogo, epigrafista, numismático, paleógrafo, teólogo profundo, historiador de altos vuelos, pudiendo decirse del egregio jesuíta que era síntesis y compendio de los múltiples y heterogéneos conocimientos que constituyen

é integran el armónico conjunto y la suma perfección de la ciencia histórica.

Por su dominio del hebreo le fué dado interpretar y traducir, publicándolas, las inscripciones judeas de las Sinagogas y Aljamas de nuestras ciudades españolas; así como su completo conocimiento del árabe le permitió traducir las inscripciones y leyendas de las monedas musulmanas y de los monumentos árabes, que tanto abundan en nuestro patrio suelo. Poseía el latín á fondo, como su lengua propia, y por ello pudo conocer, traducir y estudiar las actas de los Concilios españoles, publicando su historia, libro que será monumento perpetuo de gloria para la sabiduría de nuestro Director; y esta misma posesión de la lengua del Lacio era elemento que contribuyó poderosamente á que fuese el colaborador, no sé si el émulo, y el continuador de la notable labor epigráfica del maestro Hubner, quien en ocasiones acudió á la autoridad de nuestro Director para que desvaneciese las dudas que le ocurrían en la transcripción de lápidas romanas españolas, y á veces corregía el P. Fita errores y equivocaciones padecidas por el historiador alemán. Recuerdo perfectamente, cual muchos de vosotros lo habéis de recordar, aquellos calcos á manera de jeroglíficos que le eran presentados con sus trazos informes, restos de cifras y de letras, y como por arte maravilloso de encantamiento salía á poco de sus manos el texto íntegro de su primitiva leyenda rehecha

y transcrita, merced á su pericia, á su saber y á su estudio, con aquella pulcritud, fidelidad y honradez histórica, que eran en él clásicas y habituales.

De su labor histórica propiamente dicha, de sus trabajos de investigación documental y arqueológica, de las Monografías y Epistolarios que escribiera, y de todo el linaje de estudios históricos en que era maestro eminente, no se puede dar siquiera sucinta idea, tan grande es el número de los que publicara, porque su infatigable laboriosidad era compañera de su ciencia y saber. Básteos citar como muestra el Boletín de nuestra Corporación, el amor de los amores de nuestro P. Fita, que tanto cuidaba de ofrendar á la Academia con exquisita puntualidad en la primera sesión de cada mes. Esta colección constituye un opulento y riquísimo archivo de notables trabajos suyos, que serán estudiados con notorio fruto y positiva ventaja de aquellos que lo consulten.

Su bondad y su modestia excesiva, si exceso cabe en la práctica de esta virtud, corrían parejas con su ciencia y su trabajo; brotaba de sus labios, fácil y espontáneo, el elogio, que á nadie regateaba, siendo únicamente severo para consigo mismo. ¡Condición propia de estos seres superiores, al contrario de las vulgares medianías, propicias siempre á las censuras y críticas ajenas, y fácilmente asequibles á la lisonja y al encomio propio!

De su modestia tenemos prueba palmaria, y bien

reciente, por cierto, cuando nos sorprendió una mañana la información de los periódicos y de la Prensa gráfica relatando los unos y reproduciendo la otra la solemne ceremonia del descubrimiento de la lápida con el busto del insigne P. Fita, colocada en la casa en que naciera, en Arenys de Mar, entusiasta apoteosis en vida y merecido honor con que sus conciudadanos quisieron honrarle, conmemorando la fecha de su 82 natalicio. Hubimos de reprocharle familiar y cariñosamente el secreto guardado y el sigilo tenido para con nosotros, privando á la Academia de mostrarse parte en esta conmemoración; y él nos respondió con la sencillez propia de su alma cándida é ingenua: «Pero ¿si he sido yo el primer sorprendido?, pues nunca me imaginé que tal conmemoración saliera de los muros de la Casa municipal, donde se fraguó, y cuando más del recinto de mi pueblo nativo, y he visto con sorpresa que la Prensa toda la ha recogido, prodigándome alabanzas que en ningún modo merezco.»

Con este motivo tuvo la Academia el acierto de encomendar á nuestro diligente Secretario la publicación en el Boletín del retrato de nuestro Director, de su biografía y del aparato bibliográfico, de toda la labor literaria é histórica que llevara á cabo en más de sesenta años de escritor y en cincuenta de Académico; mas no obstante la proverbial actividad del Sr. Pérez de Guzmán y el amor con que ha tratado de dar cima y remate al encargo recibido, no ha podido aún cum-

plimentarlo, porque es prolija tarea de investigación y busca, el coleccionar el cúmulo de estudios del P. Fita, desperdigados en Seminarios, Revistas, periódicos, pliegos sueltos y libros, olvidados muchos hasta por la feliz memoria de su autor.

Ha querido el hado adverso y lo ha dispuesto el destino que lo que iba á ser tributo de cariño y de compañerismo sea hoy homenaje póstumo que la Corporación dedica á la para nosotros santa y venerada memoria de nuestro eminente Director.

No le sorprendió la muerte, antes bien, la esperaba; yo os lo puedo asegurar como testigo de excepción, porque una tarde del pasado Agosto, al ir á visitarle, como acostumbraba de vez en cuando en su residencia habitual, para ver si los sangrientos sucesos ocurridos en las calles de Madrid habían producido quebranto en su salud ó mella en su espíritu, al verle aparecer en el modesto saloncito donde solía recibirnos, hube de decirle, en tono humorístico y festivo: «No le conocía á usted: al verle venir sin su bastón, gentil y gallardo, con la cabeza erguida, viva y penetrante la mirada y sonrosado el rostro, creí que era usted un novicio de esta especie de Convento y no un tan antiguo y preclaro jesuíta.» «Es verdad, me replicó con la afable y cariñosa sonrisa que iluminaba frecuentemente su fisonomía, debo á Dios, entre otros muchos beneficios, el de una salud completa, sin alifafes, dolencias ni padecimientos, á pesar de estar en los

últimos días de mi vida.» «¡Cómo, le repliqué, gozando de esa salud que usted mismo pondera y de ese vigor físico é intelectual que todos admiramos! Me congratulo en asegurar que tendremos P. Fita y Director para tiempo.» «No lo crea usted, me expresó, tengo presentimientos de que para San José del año próximo habré dejado de existir.» Y esto me lo dijo, no con la angustia y zozobra que á muchos produce la idea de la muerte, sino con la placidez y tranquilidad que son reflejo fiel de un alma pura y de una conciencia inmaculada, que afronta serenamente el término de la jornada terrenal.

Acertó el P. Fita en sus tristes vaticinios, cumpliéronse sus fúnebres augurios, cuando hombres como él no debieran morir nunca, pues su desaparición del mundo nos produce dolor indecible y pena imponderable, porque reputamos, con toda razón y justicia, ser su muerte pérdida insustituíble. Y así lo es, en efecto, pues la Patria, la Ciencia y la Academia han perdido un varón eminente, un verdadero sabio; la religión de Cristo y la Compañía de Jesús, un varón piadoso y justo, un verdadero santo. Á su memoria pueden aplicarse con toda oportunidad los hermosos versos de nuestro gran Jorge Manrique:

«No se os faga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues que otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dejáis.»

Allá Dios en sus alturas le habrá dado ya lo que supo merecer y ganar en buena lid en esta vida, con la práctica constante y el asiduo ejercicio de sus virtudes cristianas públicas y privadas.

Yo propongo á la Academia que conste en el acta, página que será eternamente luctuosa en los fastos de esta Corporación, que exprese el hondo sentimiento y el acerbo dolor de que se hallan poseídos todos los Académicos por el fallecimiento de su incomparable, venerado y queridísimo Director.

Madrid, Enero 1918.

Imp. de Fortanet, Libertad 29.—Tel. 991.—Madrid.

